**El Relojero del Dolor**

En un pueblito chico, rodeado de cerros y sombras, vivía Jesús, un cabro que era seco para arreglar relojes. Todos lo conocían por su talento para dejar bien cualquier reloj que se le pusiera enfrente. Pero detrás de esa habilidad, había una pena grande, algo que nunca lograba superar. Su taller, chiquito y lleno de piezas y herramientas viejas, era el único lugar donde encontraba algo de paz. El ruido constante de los relojes le ayudaba a tapar los pensamientos, pero no lograba callar las cicatrices que le dejo su infancia.

Una tarde, entró un viejito al taller. Su cara demostraba pena, y su abrigo, todo roto, no lograba esconder el cansancio que se notaba en su caminar. En las manos traía un reloj de bolsillo, que parecía tan viejo como él. Lo dejó sobre el mesón, con una delicadeza que mostraba lo importante que era para él, y con voz quebrada le dijo a Jesús: “¿Crees que se puede arreglar?”.

Jesús miró el reloj. Aunque estaba todo sucio y las agujas detenidas, parecía tener un valor escondida, como si tuviera una historia que contar. Lo levantó, lo miró bien, y lo acarició, como si buscara algo más allá de las piezas rotas. “Lo intentaré”, dijo mientras veía al viejo, que ya se daba vuelta para irse. Antes de salir, el hombre susurró: “Trátalo bien, tiene más historias de las que parece”.

Esa noche, Jesús en su soledad comenzó a recordar con tristeza lo que de pequeño sufrió y con la intención de no pensar, comenzó a trabajar en el reloj del viejo. Mientras lo desarmaba y limpiaba, encontró una inscripción casi borrada en la tapa: “El que escuche el tiempo, podrá entenderlo”. Esa frase lo dejó pensando, pero lo que más le extrañaba era lo que sentía en el pecho, como si el reloj hablara de algo más que solo la hora. Pero lo dejó pasar y siguió trabajando.

Horas después, cuando le dio cuerda al reloj, algo raro pasó. Un susurro salió del reloj. “¿Quién está ahí?”, preguntó Jesús, sorprendido, mirando por todo el taller, pero estaba vacío. El susurro fue cada vez más fuerte y, de repente, Jesús sintió que el suelo bajo sus pies empezaba a desvanecerse. Un mareo lo invadió, y cuando abrió los ojos, ya no estaba en su taller.

Estaba en la plaza del pueblo, pero todo se veía distinto. Las casas eran más chicas, las calles de tierra, y el aire olía a leña quemada. Jesús se sintió raro, como si estuviera en un lugar lleno de una nostalgia dolorosa. De repente, vio a un hombre que le parecía conocido, pero ese joven era como su padre cuando era más joven. “Es mi padre”, pensó, pero la imagen lo golpeó como un combo. Imposible, él está muerto. Intentó acercarse, pero nadie podía verlo.

El reloj lo llevó a revivir los momentos más duros de su vida. Vio cómo el pasado estaba marcado por la pérdida: el momento que destruyó la vida de su padre hasta morir, la partida de madre, los días en que fue separado de sus hermanos, uno por uno, dejándolo solo. Cada vez que le daba cuerda al reloj, aparecían momentos de sufrimiento que no parecían tener fin.

Pero lo peor fue cuando el reloj lo mandó al futuro. El pueblo estaba destruido, todo cubierto de polvo y maleza. Jesús sintió un vacío enorme, como si el dolor y la tristeza que había experimentado en su vida finalmente hubieran alcanzado a todos. El pueblo, ese lugar que había sido su refugio, ya no existía. No quedaba nada. Lo que Jesús había vivido finalmente alcanzó a todos. El pueblo, ese lugar que había sido su refugio, ya no existía. No quedaba nada.

Cuando Jesús volvió al presente, ya no pudo ignorar lo que el reloj le había mostrado. Sentía en el corazón que algo tenía que cambiar, que, si no se hacía algo, todo el sufrimiento que marcó su vida y la de su gente iba a arrastrar al pueblo al olvido.

Con más ganas y decidido a todo, Jesús empezó a buscar formas de dejar el dolor atrás, buscar apoyo para cambiar su vida, convencido de que, a pesar del dolor, todavía podían salvar lo que quedaba de su casa. Juntos a los que ahora lo habían acogido y apoyado, comenzaron a restaurar lo viejo, a recuperar las tradiciones que se habían perdido, a cuidar el pueblo con el mismo cariño con el que cuidaban sus propias cicatrices. Jesús sabía que no podía borrar el sufrimiento del pasado, pero al menos podía evitar que se repitiera.

El reloj nunca volvió a susurrar ni a llevarlo a otro tiempo, pero Jesús entendió que, como ese reloj roto, él también podía sanar. Y aunque las cicatrices del pasado siempre estarían ahí, decidió que iba a seguir adelante, con fuerza y esperanza, construyendo un futuro que nunca olvidara lo que había sufrido.

Desde ese día, el pueblo no solo lo conoció como el mejor relojero, sino también como la persona que, a pesar de su propio dolor, ayudó a que el tiempo de su gente siguiera avanzando.

**Ñery**